GABRIELA MISTRAL: Maestría plural

Por Angela Hernández

Tomado de: Quehaceres, Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF). 12 de abril de 1989. Rep. Dominicana.

El siete de abril de este año celebramos el centenario del nacimiento de la gran poeta chilena Gabriela Mistral. La conocimos en la escuela, plasmada en una o dos páginas de un libro de texto, martirizada, la que fue tan libre, por ese aire de catálogo y tradición que respiran forzosamente este tipo de libros, por el que pasamos sin más huellas que un nombre y una que otra poesía, cuya musicalidad se nos prende casi al azar.

Raro es encontrarla incluida en la crítica actual que engloba a los poetas de mayor fuerza en la región: Huidobro, Neruda (ambos también chilenos), Vallejo, Borges, Rubén Darío... Y no es improbable que sea considerada conservadora, sobre todo porque se mantuvo indiferente a los novedosos movimientos surgidos en su tiempo. Las fracturas vanguardistas conmocionaban a los poetas. Huidobro exclamaba: "Porque cantáis la rosa, oh poetas! hacedla florecer en el poema... El poeta es un pequeño Dios". Gabriela continuaba cantando a la rosa, pero su canto era único, su acercamiento único, distante del romanticismo, distante aún del modernismo. Su revolución literaria brotaba de su fe constructiva, de las profundidades de su amor a los niños, a las mujeres, a la tierra y las raíces. Su revolución poética posee un subsuelo de paz, un cielo de paz, es la revolución de una maestra ancha. Su ejercicio creativo, es una convincente maestría de unidad y fervor, que reivindica el amor, cuando el empalagoso romanticismo ha llegado a desaparecerlo entre una cataplasma de adornos; cuando la crítica vanguardista llora en todo el mundo con vidas de poetas el reforzamiento de una sociedad de mercados, tecnocracias, guerras y cálculos, en la que se esfuman los valores humanos.

La primera latinoamericana en obtener el máximo galardón de las letras (1945), fue niña provinciana que no tuvo acceso temprano a bibliotecas grandes, ni contó con alguien que orientara su avidez de conocimientos y lecturas. La "cuatro añitos" que poseía un hablar "casi rimado", temperamento poético y singular inteligencia, hubo de forjarse a sí misma, aprender a descartar y elegir, a estudiar y criticar, con tenacidad que algún crítico ha llamado "heroísmo intelectual". Maestra desde los quince años, fue primero y después, maestra de sí misma, escogiendo con cuidado sus maestros. José Martí fue quizá el pensador y escritor que más la influyó. La poeta lo recompensó, difundiendo sus enseñanzas en numerosas conferencias y artículos.

En el Valle del Ilque, en 1889, nació Lucila Godoy y Alcayaga, quien se tomó luego el nombre de Gabriela Mistral. Según afirma Peter Earle (1) la enseñanza fue de primer orden en su vida y la poesía en segunda (aunque de hecho eran dos quehaceres refundidos en esencia). Vivió el magisterio como una extensión generosa suya, como poesía en lenguaje de hechos.

Práctica regocijante, de liberación y trascendencia, su poesía busca suscitar en los jóvenes un patriotismo particular, continuador de las aspiraciones bolivarianas de una América Latina integrada, a un nivel que subyace a las ideas o al crudo discurso. Quiere enseñarlos a explorar y reconocer las rocas, los frutos, los metales, las emociones,

el fuego y el hielo, los extravíos, las sombras y fantasmas, los mitos y los hijos de la tierra americana. Universaliza lo cotidiano, vuelve tangible lo inefable, tacta los relieves de las sierras, sonrisas y aflicciones latinoamericanas. Siente que en la lucha y el trabajo de esta región, a su decir unificada por la lengua que le dio Dios y el dolor que le da el Norte, deben ser las réplicas a la historia de explotaciones que la llama.

Así como en su lenguaje no admite rebuscamiento, sino que fluye en palabras y metáforas ajustadas a la precisión perceptiva, casi sagrada autenticidad, de la misma manera descarta los quejidos y sentimentalismos que sustraen vigor expresivo. Quiere enseñar, su obra es su vida, ella es su obra. La intransigencia es un defecto en un profesor; virtud, en cambio, le parece el "pudor intelectual" "que evita el dogmatismo y afirma raramente y sin puño cerrado" 2.

"Llegó de improviso, tomó asiento en medio de nosotros, y se puso a discutir toda clase de problemas. Vi una mujer alta, bella, hablando con una voz calmada, rústica, y con un acento que parece había condensado todos los acentos indígenas de América. No siempre estuvo de acuerdo con nosotros, pero su sola presencia, su adhesión constituían para nosotros un estímulo; para otros un escándalo". 3

Así relata Humberto Díaz-Casanueva la primera visita de Gabriela a la Asociación de Profesores. Debían correr los años treinta, y esta entidad sostenía y practicaba un credo pedagógico revolucionario, basado en la creencia de la libertad del niño, la dignidad de los maestros y la necesidad de renovación de los sistemas didácticos.

Ante la carrera desbocada que secciona y clasifica, divide y analiza erigiendo el racionalismo como la única forma de conocimiento, en la sociedad de las "aguas heladas del cálculo egoísta" surgen las respuestas variadas de los poetas señalando la manifestación de lo mágico, de los sueños, de las artes, de la unidad del mundo y su verdor cambiante; revelando las pulsiones hacia el intercontacto, la interconexión, la inmortalidad e igualmente a la vivacidad del instante. La obra entera de Gabriela Mistral es un grito tierno y hondo ensartador de todas las cosas: objetivas-subjetivas, naturales-culturales, aéreas-telúricas, muertas-vivientes.

Mujer itinerante, ya en la década de los años veinte colaboraba con la reforma educativa y las innovaciones de un José Vasconcelos que en México hacía florecer, expandir y arraigar la cultura. En 1930 dicta cursos de literatura y Cultura Hispanoamericanas en el Bernard College (EE UU). En el transcurso de esa misma década realiza una gira por el Caribe, dictando conferencias sobre José Martí. En esta ocasión visita la República Dominicana, invitada por el Club Nosotras (fundado por Abigail Mejía) y la naciente Acción Feminista Dominicana.

Sus recuerdos y atención a este país serían notables a juzgar por aquella ocasión en que recibida por el Presidente Truman, de los Estados Unidos, poco tiempo después de haber sido premiada por la Academia de Ciencias de Suecia, le espetó sin más ni más la siguiente pregunta: "Señor Presidente, no le parece una verguenza que siga gobernando en la República Dominicana un dictador tan cruel y sanguinario como Trujillo" 4. El Presidente sonrió sin responder.

Mujer mestiza amante leal de América, maestra, madre grande, Gabriela Mistral posee la sensualidad vasta, singular, expansiva e intensiva de las mujeres, el porte de sacerdotiza, heredado de las inéditas profundidades indígenas, la voz de una región ancha que nace y renace insistentemente, sin terminar de afirmarse.

Acercarse a su poesía, en los libros Desolación, Ternura, Tala y Lagar es penetrar al aura de su "calma cósmica", palpar a su desmesurada ternura, su ritmo, que más que tal, es interna respiración de lo naciente, cadencia de las majestuosas cordilleras, de las inmensas llanuras, de la profunda nostalgia y sabiduría del indio, de la libertad de un espíritu humano femenino y plural.

Gabriela Mistral murió en un hospital de Nueva York en el año 1957.

CITAS

1- Earle Peter. Gabriela Mistral. Los contextos Críticos. G.M. Universidad Veracruzana. Centro de Investigaciones Linguísticos-Literarias, México, 1980. Pág. 14.

2- Servodidio Mirella, Coddou Marcelo, Introducción. Op. Cit. Pág. 8.

3- Díaz-Casanueva. Evocación de Gabriela Mistral. Op. Cit. Pág. 10.

4- Díaz Casanueva. Op. Cit. Pág. 12